

EL AIRE NATAL

(Emigrantes en la literatura)

Por Marino Gómez Santos

A mi querido amigo Eduardo García Díez de la colonia asturiana de Ciudad Trujillo.

1896.—Leopoldo Alas (Clarín), el emblema crítico literario, novelista, y mejor cuentista. (1852-1901) da a la luz en este año un nuevo libro: CUENTOS MORALES.

En una de las narraciones contenidas en este libro, bajo el título de Boronia, escribe Clarín el regreso de un "indiano". Es un cuento de una insuperable concepción. Jamás se ha escrito tan emotiva exaltación al emigrante.

El protagonista es "Pepe Francisca, don José Gómez y Suárez en el comercio; buena firma, volvía a Prendes, su tierra, después de treinta años de ausencia; treinta años invertidos en matarse poco a poco, a fuerza de trabajo, para conseguir una gran fortuna con la que no podía ahora hacer nada de lo que él quería: curar el hígado y resucitar a Pepa Francisca de Francisquín, su madre."

La pluma agil de Clarín nos presenta a Pepe Francisca en Carreño, al salir del bosque de la Voz, en la estrechez de una vega muy pintoresca, mulida con infinita hojarasca de castaños y robles, pinos y nogales, con los lápices naturales de la honda pradera de terciopelo verde oscuro...

Era una tarde calurosa. En la carretera, cerca de un arroyo "que busca de prisa y alborotado el cauce de Aboño", se detuvo la destartalada diligencia. "Del cupé saltó, como pudo, y no con pies ligeros ni piernas

firmes, un hombre flaco, de color acituna, todo huesos mal avenidos, de barba rala, a la que el polvo daba apariencias de canas, vestido con un termo claro, de verano, traje de buena tela, cortado en París, y que no le sentaba bien al pobre indiano, cargado de dinero y con el ligado hecho trizas."

Pepe Francisca se había quedado en la carretera, cerca de su abundante equipaje, protegido por la hojarasca de un roble. Era el primer momento de emoción... y de tristeza. Veía en la realidad el rincón de su aldea tantas veces soñado, aunque había perdido la fisonomía de sus años de juventud. La naturaleza también envejece. Faltaban varios castaños; y aquel recorte de terciopelo verde donde vigilaba Pepe Francisca el ganado, había bifurcado —¡maldita sea!— el progreso, el cordel de la Diputación.

Venía a morir entre los suyos. "Lo que habían podido hacer las aguas de Vichy, los médicos famosos de Nueva York, de París, de Berlín, las diversiones del mundo rico, los mil recursos del oro, podría conseguirlo acaso "el aire natal"; pobre frase vulgar que el repetía siempre, para significar muchas cosas distintas, hondas complicaciones de un alma a quien faltaba vocabulario sentimental."

Pepe Francisca seguía contemplando el escondite de su aldea que, bajo la cartulina azul del cielo, era como un cromo técnico. Y se acordó de su niñez. Era un chiquillo enclenque, soñador,

pero débil; y se le dió a escoger entre hacerse cura de misa y olla o emigrar; y como no sentía vocación de clérigo, prefirió el viaje terrible; dejando la sentrañas en la vega de Prendes, en el regazo de Pepa Francisca."

Trabajó cuanto pudo, cambiando el oro por la salud, escasa. Dejó pasar uno y otro año. "Su cerebro tendía a simbolizar los anhelos de su alma, los anhelos de vuelta al "aire natal" de una ambición bien humilde, pero tal vez irrealizable... La cosa amarilla que tanto deseaba, con que soñaba en Puebla, en París, en Vichy, en toda partes, o yendo a La Patti en Covent Garden, paseándose en Nueva York por el Broadway, la cosa amarilla que anhelaba saborear era un pedazo de torta caliente de maíz, un poco de boronia (borona), el pan de su infancia, el que su madre le migaba en la leche y que el saboreaba entre besos."

Pasa Pepe Francisca los últimos meses de su vida en su aldea natal. Al amanecer el día de su muerte, después de haber rebuscado "los rincones queridos de la casa para olfatear memorias dulcísimas, reliquias invisibles de la infancia" deliraba y creía saborear "el pan amarillo, la borona de los aldeanos que viven años y años respirando el aire natal al amor de los suyos: sus dedos, al recoger ansiosos la tela del embozo, señal de muerte, tropezaban con pedacitos de borona y los deshacían, los desmigajaban."

Lo que opinan de vosotros

De "Ver y Andar" de D. José Ortega Gasset.

Este vuelve tan vaquero como se fué, oí yo decir en un colmado de Pravia a cierto comensal mientras designaba a un mozo con cuadrado y recio de jocundo semblante puril y, según las grazas, recién desembarcado de América.

Esos hombres que vuelven tan vaqueros, en el fondo, como el día que partieron, son los que están haciendo en Asturias sin retórica, sin tópicos sonoros, sin gesticulaciones, sin vanidades, un pueblo apto para realizar con vigor y plenitud en el ambiente aldeano de España, aquel mínimum de modernidad que es imprescindible para flotar sobre la corriente de los tiempos.

Ej valle, el valle húmedo y hento, con sus castaños densos en las laderas y sus vacas rubias que mugen en el prado, con su hórreo peraltado sobre cuatro espigones y la casina pintada de añil y sangre de toro... y junto a ella, no en la ciudad junto al Gobierno Civil, la villa espléndida del emigrante que un día se fué y otro volvió, lo mismo que en los cuentos.

Si contribuyen a la Exaltación de los emigrantes cuantos tienen el deber moral y material de hacerlo, podremos acercarnos al logro de lo que los emigrantes merecen, solo acercarnos.